

Autoridad y Ministerios en la Iglesia

(Estudio ofrecido por Juan Driver, en La Floresta, Montevideo, en una reunión de pastores y obreros de las iglesias menonitas de Uruguay, luego del 13º Congreso Anabautista-Menonita del Cono Sur, el 9 de febrero de 2007)

<u>Introducción</u>

Cuando me pidieron que hablara sobre este tema, la verdad es que no traje nada especificamente preparado. Así que, en mi tiempo libre he venido reflexionando sobre el tema. No pretendo que sea la última palaba, ni mucho menos, pero representa mi humilde parecer. Se lo ofrezco para su reflexión en sus procesos de discernir las formas que tomarán los ministerios y la autoridad en su medio.

Tan pronto como Jesús empezó a proclamar el evangelio del reinado de Dios, que ya empezaba a realizarse en su medio a través de los hechos y dichos de Jesús correspondientes al reino de Dios, hubo que aclarar la cuestión de la autoridad. "¡No era como la de los escribas!" (Mc. 1:22).

Y tras la descripción clara de la vivencia y los valores que corresponden al reino de Dios en el sermón del monte (Mt. 5,6,7) surgió de nuevo la cuestión de la autoridad (Mt. 7:28-28).

Lucas describe la manera en que Jesús inició su ministerio mesiánico en el conocido episodio frente a sus allegados, primero en la sinagoga en Nazaret, y luego en Capernaúm (Lc. 4:16-32). Luego surgió de nuevo la cuestión de su autoridad que era notablemente diferente.

Así que, queda claro en los tres Evangelios sinópticos desde el principio mismo del ministerio de Jesús, que la autoridad en el reino de Dios no es la tradicional de los escribas, fariseos, etc. Pero acostumbrados, como estaban, a comprender la autoriad en su sentido tradicional, ¿cómo iban sus discípulos a captar esto – que en un reino al revés se ejerce una autoridad al revés?

Mateo 23 trata la cuestión de la autoridad tradicional tal como fue ejercida en el judaismo oficial por los escribas y fariseos. En todo este catálogo de abusos de autoridad, Jesús denunció, las actitudes y actuaciones de los maestros en Israel. Mateo 23:2-12 describe el problema de ellos y, de paso, de muchos más a través de los siglos hasta nuestros propios tiempos.

A los discípulos de Jesús les costó mucho entender esto. Todavía en Galilea, antes de emprender su viaje hacia Jerusalén y la cruz, se pusieron a discutir entre ellos "quién sería el mayor" (autoridad). Jesús aprovechó para aclarar que desde la perspectiva del reinado de Dios, el primero es último y servidor de los demás, y puso a un niño como ejemplo (Mc. 9:34-35).

Los discípulos seguían sin entender. Por ejemplo, encontraron a uno que restauraba a endemoniados y se lo prohibieron, pues no era de ellos. Quisieron destruir a una aldea samaritana con fuego del cielo, porque no simpatizaba con ellos.

Ni siquiera habían comprendido cuando, hacia el final, llegaron a la última cena en la sombra misma de la cruz (Lc. 22:24-27). En sus Evangelios, Mateo (20:24-28) y Marcos (10:42-27) colocan estas mismas palabras de Jesús en el contexto del pedido de la madre de Juan y Jacobo – ¡los dos primeros puestos en el reino de Dios!

Jesús tuvo que seguir aclarando hasta lo último lo que había empezado a enseñarles desde el principio mismo de los Evangelios: su autoridad no es como la tradicional en la esfera religiosa, como la de los escribas y fariseos.

Y ahora, tampoco es como la autoridad que se practica según los patrones universalmente aceptados en la esfera secular – la autoridad ejercida en el contexto socio-político por los mandatarios. Lucas 22:24-27 probablemente contiene las palabras más importantes que Jesús haya pronunciado sobre este tema. Estas palabras aparecen en cada uno de los tres Evangelios sinópticos y en Juan se comunica la misma visión de autoridad con el simbolismo del lebrillo y la toalla (Jn. 13).

De acuerdo con la visión universalmente aceptada, dirigir es enseñorear, e incluso, se pretende que esta dominación sea para el beneficio de los súbditos. Se detecta cierta ironía en las palabras, "son llamados benefactores", o como otra traducción lo expresa, "se hacen llamar bienhechores".

En la esfera del reino de Dios, ser mayor es ser menor, y dirigir es servir. Paradójicamente, en un reino al revés se sustenta un concepto y una práctica de autoridad al revés.

Ahora, nos preguntamos, ¿para quiénes era esta enseñanza? ¿Para los apóstoles solamente? Recordemos que los Evangelios, que recopilan los recuerdos de los primeros seguidores de Jesús, fueron originalmente escritos para los nuevos creyentes en las comunidades de fe que iban surgiendo en el imperio grecorromano como resultado de la misión apostólica, y muy especialmente, los convertidos de la misión paulina.

Efectivamente, en Filipenses 2 tenemos un ejemplo. Filipenses 2:5-11 seguramente era un himno primitivo utilizado en el culto de las iglesias para la formación de nuevos creyentes. Se trataba de un proceso bastante largo a fin de resocializar y reorientar con nuevas costumbres, hábitos, reflejos y visión a fin de ir creando en los nuevos creyentes, procedentes de la cultura predominante, la nueva cultura de gracia que caracteriza al reinado de Dios.

Y en este caso en particular, pienso que Pablo echó mano a este himno para aconsejar a los líderes en la iglesia en Filipos, a fin de recordarles cómo se ejerce la autoridad que corresponde en el reino de Dios. Pablo escribe: "Haya en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (2:5) y luego, en Fil. 4:2 escribe: "Ruego a Evodia y Síntique que sean de un mismo sentir en el Señor". A continuación Pablo señala que estas dos mujeres "combatieron junto conmigo en el evangelio", es decir que eran líderes en la iglesia. Y lo notable es que en ambos textos se emplea la misma palabra "sentir". Es decir, el "sentir" de Jesús que se manifestó en su ejercicio de esa autoridad al revés, como recuerda el himno, es el "sentir" que Pablo recomienda a Evodia y Síntique en sus relaciones interpersonales y en su liderazgo en la iglesia.

Filipenses 2:1-11 refleja claramente una visión de autoridad al revés, la misma visión que hallamos en Jesús en los Evangelios, tan diferente de la tradicional. En Filipenses 2:15-17 se mencionan la sencillez y el servicio como elementos fundamentales en el ejercicio de esta autoridad. Esta visión marcaba el ministerio de Pablo. El no se cansaba de llamarse a sí mismo "esclavo" (doulous) y a sus colegas (hombres y mujeres) en el ministerio "siervos y siervas,

servidores y servidoras y ministros" (diakonos). Y luego, los invita a imitarle a él como él imitaba a Cristo, a seguirle a él, como él seguía a Cristo. Tanto la visión, como el ejercicio, de la autoridad que marcaban a Pablo habían venido de Jesús.

Autoridad y Ministerios

La visión neotestamentaria de la autoridad es fundamentalmente carismática (caris, carisma), es decir, una gracia, un regalo, o un don de Dios para su pueblo. En el Nuevo Testamento se nota la pluralidad y la multiplicidad y variedad de estos dones y ministerios. También se nota su universalidad. Todos somos dotados de una forma u otra con algún don o ministerio, o dones y ministerios. Los conceptos tradicionales del clero y de los laicos no están en el Nuevo Testamento. Vienen de la tradición posterior.

Los principales pasajes donde encontramos listas de estos dones o ministerios son Rom. 12:3-8; 1 Cor. 12:4-12,28-31; Efes. 4:7-16: y 1 Ped. 4:10-11. Estas listas son representativas de la forma abundante en que Dios provee a la iglesia todos los dones que necesita para su vida y misión. Pero no pretenden ser completas. Se repite cinco veces que Dios reparte a "cada uno" estos dones y ministerios. Hay dones que son para aquellos que nosotros llamamos "líderes" y para otros que llamamos "ayudantes". Pero no se asigna prioridad o jerarquía en su ejercicio.

Efesios 4:1-16 es clave para nuestra comprensión. Se destaca la unidad (4:1-6) y la diversidad (4:7-11). Pablo mismo señaló que su ministerio era carismático, un "don de gracia" (Ef. 3:7), y también lo son los de todos los miembros del cuerpo de Cristo, una "gracia ...don de Cristo" (Ef. 4:7).

Las frases, "varón perfecto" y "plenitud de Cristo" empleadas en Efesios 4:13) deben entenderse en sus sentidos corporativos, más que meramente individuales, pues reflejan a la iglesia dotada con todos los dones y ministerios que necesita para su vida y misión, quedando así completa en los propósitos de Dios.

En la historia reciente de la iglesia el texto en Efesios 4:11-12 ha sido interpretado de varias maneras, dependiendo de la perspectiva que se tenga de ministerios y de autoridad en la iglesia. Estas interpretaciones reflejan la tensión que ha existido entre dos conceptos de autoridad – la de la sociedad tradicional y la que caracteriza al reinado de Dios, como ya hemos notado.

La primera de estas interpretaciónes podría llamarse tradicional o transaccional. Los cinco ministerios nombrados en vs. 11 se entienden como oficios clericales. Y la lista que aparece en el vs. 12 se interpreta en el sentido de funciones a ser cumplidas por el clero: (1) perfeccionar a los santos, (2) la obra del ministerio y (3) la edificación del cuerpo de Cristo. Este es el concepto que tradicionalmente ha marcado a las iglesias establecidas, de una manera u otra aliadas con el poder, tanto católicas como protestantes.

La segunda interpretación es funcionalista. Entiende que la tarea de los ministerios mencionados en el vs. 11 es "perfeccionar a los santos" (vs. 12), o en otras palabras, capacitar a los laicos para que ellos hagan la obra del ministerio que es la tarea de la iglesia en el mundo, y edificar así a la iglesia para cumplir con esta tarea. El énfasis cae sobre las funciones diferentes, primero del clero que capacita a los laicos, y luego, los laicos que ejercen tareas de ministerio en el mundo. Se distingue entre clero y laicado, entre los que capacitan y los que son capacitados. Este modelo guarda una semejanza marcada con el modelo empresarial moderno. Los gerentes organizan y orientan a los obreros para sacar el mejor rendimiento posible. El énfasis cae sobre el funcionamiento óptimo de la iglesia.

La tercera interpretación es carismática. Entiende que los ministerios enumerados en el vs. 11 son representativos de toda una variedad de ministerios que Dios otorga a la iglesia para su edificación mutua. No hay que hacer distinciones entre edificadores (clero) y edificados

(laicos). De hecho, Pablo que era apóstol, estaría en ambas categorías. El mismo se identifica específicamente entre los edificados en los vss. 13 y 15. "Hasta que lleguemos a la unidad de la fe ... crezcamos en todo". El uso de los verbos en el plural señala que él, Pablo, claramente se identifica con el grupo que a veces se entiende como "laicos". Por otra parte, Pablo también ha sido llamado a ser "apóstol", ministerio que generalmente se ha entendido como perteneciente al "clero". De modo que es evidente que no corresponden esas categorías tradicionales de "clero" y "laicos".

Claro, algunos dones y ministerios son para los que llamaríamos "líderes" y otros para "ayudantes". Pero todos contribuyen mutuamente al crecimiento y a la edificación en amor. Sin embargo, debe ser claro que esta visión no resta valor a la importancia de la autoridad con que ejercemos los ministerios. Sencillamente insiste en que Jesús sea siempre nuestro modelo.

Según Jesús, la autoridad, tal como se ejerce en la comunidad de fe, se opone diametralmente a la que rige en el mundo. En la iglesia la grandeza es servicio, y en esto Jesús es el modelo. Y en Efesios 4:1-2 las caracteristicas esenciales para el ejercicio de todos los ministerios son la humildad, la mansedumbre y el sorportarnos unos a otros con paciencia y amor.

Ejercer ministerios en la iglesia de Jesucristo es seguir el modelo de Jesús. En un sentido profundo continuamos el ministerio de Jesús, que no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos (Mt. 20:25-28). Ni en las esferas religiosas tradicionales, ni en las seculares tradicionales, hemos de encontrar nuestros modelos de autoridad, sino en Jesús de los Evangelios y en Su Espíritu Viviente en nuestro medio.

En conclusión quisiera citar a Pedro Stucky, pastor amado y respetado en la Iglesia Menonita en Colombia, quien dice que uno de los ejes fundamentales para la vida práctica de la iglesia consta de "un liderazgo no autoritario ni impuesto ni absolutista, sino caracterizado por su mansedumbre y humildad, por someterse a los hermanos y hermanas así como éstos se someten a sus líderes. Una disposición a aceptar los aportes y las críticas de los demás, de trabajar con otros, de sufrir si es preciso y no causar sufrimiento."[1]

---

[1] Pedro Stucky, "El lugar del Espíritu Santo en la vida de las comunidades anabautistas ayer y hoy", en Milka Rindzinski y Juan Francisco Martínez, editores, *Comunidad y misión desde la periferia*, Buenos Aires: Kairós, 2006, p. 70.